

de Chartres († 1116) hacia aquella expedición armada que obstaculizaba los deberes conyugales si separaba a los esposos y no se tenía en cuenta el parecer de la mujer (p. 41).

La convocatoria de los papas gregorianos para recuperar los lugares santos no encontró, de hecho, demasiada acogida entre los monjes benedictinos y tuvo que esperar a San Bernardo y sus cistercienses para contar con fervientes predicadores. Los canonistas, por su parte, fijaban unos límites muy concretos a la «guerra justa», rechazando la noción de «guerra santa» que resultaba contradictoria en sus términos (p. 51). Aurell pondera el examen de conciencia colectivo que suscitó el fracaso de las cruzadas posteriores, las contradicciones de la generación del siglo XII que encuentra en San Bernardo y las órdenes militares su expresión paradigmática. Se trata de un momento ambiguo que da paso a esa simbiosis entre cruzada y misión defendida por Bejamin Z. Kedar, en un momento en que la conquista de Oriente se veía necesaria para que los misioneros pudieran ejercer libremente su ministerio. Sin embargo, las mentalidades cambiaron a lo largo de siglo y medio de coexistencia, suscitándose un creciente interés por el «otro» musulmán que llevó al desencantamiento de la acción militar y una mayor preocupación por la conversión del infiel, especialmente entre los mendicantes.

El saqueo de Constantinopla (1204), la cruzada albigense (1209-1213) y la pérdida de los últimos enclaves cristianos en Tierra Santa, suscitaron un torrente de discursos sobre la legitimidad de la violencia que llegará hasta la célebre disputa Sepúlveda-Las Casas en la Valladolid de 1550. Sus ecos todavía no se han apagado. La jornada de petición de perdón protagonizada por Juan Pablo II en el año santo del 2000, retoma un lamento antiguo por «las formas de intolerancia e incluso de violencia en servicio de la verdad», que ha sido recogido por la Comisión Teológica Internacional en su reciente documento *Dios Trinidad, unidad de los hombres. El monoteísmo cristiano contra la violencia* (2009-2014). La Historia de la Iglesia y de la civilización occidental deberá tomar buena nota de ello a la hora de reflexionar sobre un pasado, el medieval, que «no conoció el pensamiento único ni el comportamiento homogéneo» (p. 352). La obra de Aurell, con su poderosa erudición, no sólo lo demuestra sino que invita a proyectar esta reflexión al contexto ibérico, tantas veces reducido al utópico encuentro de culturas o al estereotipo de una «sociedad organizada para la guerra».

Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA
Universidad de Navarra

Joëlle DUCOS – Patrick HENRIET (dirs.), *Passages. Déplacements des hommes, circulation des textes et identités dans l'Occident médiéval.*

Actes du colloque de Bordeaux (2-3 février 2007)

Méridiennes, Toulouse 2013, 250 pp.

El libro que presentamos a continuación reúne las actas del coloquio realizado en Burdeos el 2 y 3 de febrero de 2007 bajo la dirección de Joëlle Ducos y Patrick Henriët. A partir de la idea de modernidad que encierra el concepto filosófico de los *pasajes* de Walter Benjamin, las aportaciones del coloquio abordan

la cuestión del desplazamiento de los hombres, la circulación de textos y su papel en la construcción de identidades en el Occidente medieval. El libro tiene un carácter interdisciplinar, se estructura en tres partes e incluye un breve prefacio de P. Henriët y un epílogo de J. Ducos.

La primera parte está destinada a la traducción y circulación de textos. J. Martínez analiza la cuestión de las traducciones latinas del Corán realizadas durante el Medievo a través de determinados conceptos y suras, con especial hincapié en la traducción de Guillermo Raimundo de Moncada. G. Dahan examina la traducción latina de la *Guía de los Perplejos* de Maimónides para reflexionar sobre las posibilidades y los límites del traspaso cultural a través de varios elementos como el vocabulario específico empleado en la traducción latina, el empleo de los textos rabínicos, el uso de los maestros del Talmud o la exégesis de la Biblia.

M. Tischler aborda la literatura polémica de judíos conversos dentro del marco de la Península Ibérica. El autor incluye una lista de autores y obras manuscritas conservadas en bibliotecas de la Península sobre esta cuestión y analiza su papel en la construcción de las identidades en la sociedad cristiana, y más en detalle a través de la aportación de dos autores que tuvieron mucha influencia en este campo, como son Pedro Alfonso y Alfonso Buenhombre. Para finalizar esta sección, O. Merisalo centra su atención en las distintas versiones de la traducción de *Historiae florentini populi* realizada por Jacopo di Poggio Bracciolini, el que fue uno de los impulsores de las traducciones en lengua vulgar de textos históricos durante el Renacimiento. Todas las aportaciones reunidas en este bloque reflexionan sobre la transferencia de conocimiento a través de la producción escrita de diversos autores y su contribución en la creación de una identidad colectiva.

La segunda parte del libro está dedicada a los viajes y el traspaso de las fronteras territoriales. J-P. Molénat analiza el desplazamiento de los mozárabes de al-Ándalus hacia los reinos cristianos de la Península durante los siglos XI y XII, así como su impacto en determinadas zonas. P. Martínez examina los espacios de las migraciones de los francos en el conjunto de los reinos hispánicos desde

el ámbito jurídico, topográfico y antropológico y, como ejemplo, traza las mutaciones ocurridas alrededor del camino de Santiago durante los siglos XI y XII. Por otra parte, E. Andrieu examina la legitimación de las funciones reales como un espacio de poder en la sociedad a través de los itinerarios reales que aparecen en la biografía de Ludovico el Piadoso, *Vita Hludowici imperatoris*, escrita por el autor conocido como Astrónomo. S. Cousse-macker analiza las influencias orientales que aparecen en el *Libro del caballero Zifar*, con un anexo donde proporciona la identificación de fuentes históricas utilizadas para las digresiones geográficas y que a su vez sirven como un símbolo de identidad. Para finalizar esta sección, C. Gadrat proporciona una aproximación al estudio de las cartas de los misionarios latinos (franciscanos y dominicos) en las rutas de Asia y su difusión en Occidente durante los siglos XIII y XIV, para extraer no solo el contenido de la correspondencia sino también sus condiciones de difusión y de conservación.

La tercera y última parte reúne los textos que giran alrededor de la construcción de la identidad y sus distintas representaciones. En este sentido, J. Tolan aborda la historia del peregrinaje del obispo Arculfo y su encuentro en Jerusalén con el rey sarraceno Mufias, descrita por Beda el Venerable (y su fuente directa Adomnán de Iona), para poner de relieve la representación del islam que se esconde detrás del relato. N. Berend examina la integración de los inmigrantes en el reino de Hungría durante los siglos XI y XIII, y su papel en la construcción del discurso de identidad. M. Fierro propone un análisis comparativo entre el proyecto político y cultural del califato almohade y el proyecto de Alfonso X el Sabio. En ambos casos se constatan elementos comunes que posibilitaron un fructífero desarrollo cultural en las dos culturas. Para finalizar, J-M. Sansterre aborda con detalle la historia y las variaciones del culto cristiano de la *Veronica*, y V. Déroche analiza los contactos entre las comunidades judías y

cristianas de Bizancio desde el siglo v al XII para establecer los rasgos de la identidad que se deriva.

Podemos concluir, en definitiva, que esta obra reúne una interesante reflexión sobre la construcción de las identidades del entorno del Mediterráneo, y más específicamente de

los reinos hispánicos. En este sentido, el concepto de *pasaje* esbozado en este libro propone, pues, una nueva reflexión –en términos modernos– sobre algunos de los cambios acaecidos en la sociedad de la Edad Media.

Sergi GRAU TORRAS
Universitat Autònoma de Barcelona

José Ángel GARCÍA DE CORTÁZAR, *Historia religiosa del Occidente medieval (años 313-1464)*

Akal, Madrid 2012, 590 pp.

Durante su dilatada carrera como medievalista José Ángel García de Cortázar ha sabido combinar una sólida investigación sobre el pasado medieval de Cantabria y el País Vasco con un interés por las síntesis globales. El equilibrio probablemente se ha logrado gracias a su atención a categorías históricas transversales, como el espacio y sus relaciones con la organización económica y social en marcos cronológicos dilatados. En su reciente libro entrevista, el autor ya apuntaba su desembarco en las playas de la Historia de la Iglesia basculando hacia temas que, sin embargo, no le habían sido ajenos como demuestran sus aportaciones al monacato, la hagiografía, las peregrinaciones o las devociones religiosas.

La *Historia religiosa del Occidente medieval* se asoma a un mercado editorial renovado por las aportaciones de José Sánchez Herretero y la obra dirigida por Emilio Mitre. A diferencia de estos trabajos de carácter global y perspectivas diversas, el libro de García de Cortázar se ciñe a los aspectos sociales y espirituales de la Cristiandad latina, atendiendo a su desarrollo genético como doctrina arraigada en un espacio cambiante y encarnada por una Iglesia concebida como institución y comunidad. Esta opción dota a la obra de una particular coherencia pues integra fe-

nómenos tratados habitualmente de manera dispersa (ritos, devociones, reflexión teológica, concepciones antropológicas, mutaciones mentales, etc) en historia de la comunidad cristiana en el período medieval.

La obra se estructura en las cuatro etapas que vertebran la dinámica histórica general (temprana, alta, plena y baja Edad Media), usando como criterio unificador el concepto teológico de «reino», que se identifica con la implantación de la Iglesia en determinados marcos sociales y espaciales. Un «reino» que se concibe desde la perspectiva escatológica durante los tres primeros siglos (años 30-313), y que adquiere una dimensión más terrena cuando el Cristianismo se consolida como un sistema de creencias que transforman las concepciones romanas y bárbaras (años 313-604).

El programa evangelizador de Gregorio Magno marca un punto de inflexión en el devenir de las nuevas cristiandades apenas vinculadas a un Papado en lenta maduración. El proyecto carolingio supone el primer intento de cohesionar política y socialmente este mundo fragmentado, que en los siglos IX y X sufrirá nuevos movimientos de dispersión y expansión hacia los confines orientales (años 604-1054) dando forma a un «reino» cada vez más identificado con la palabra «Europa».